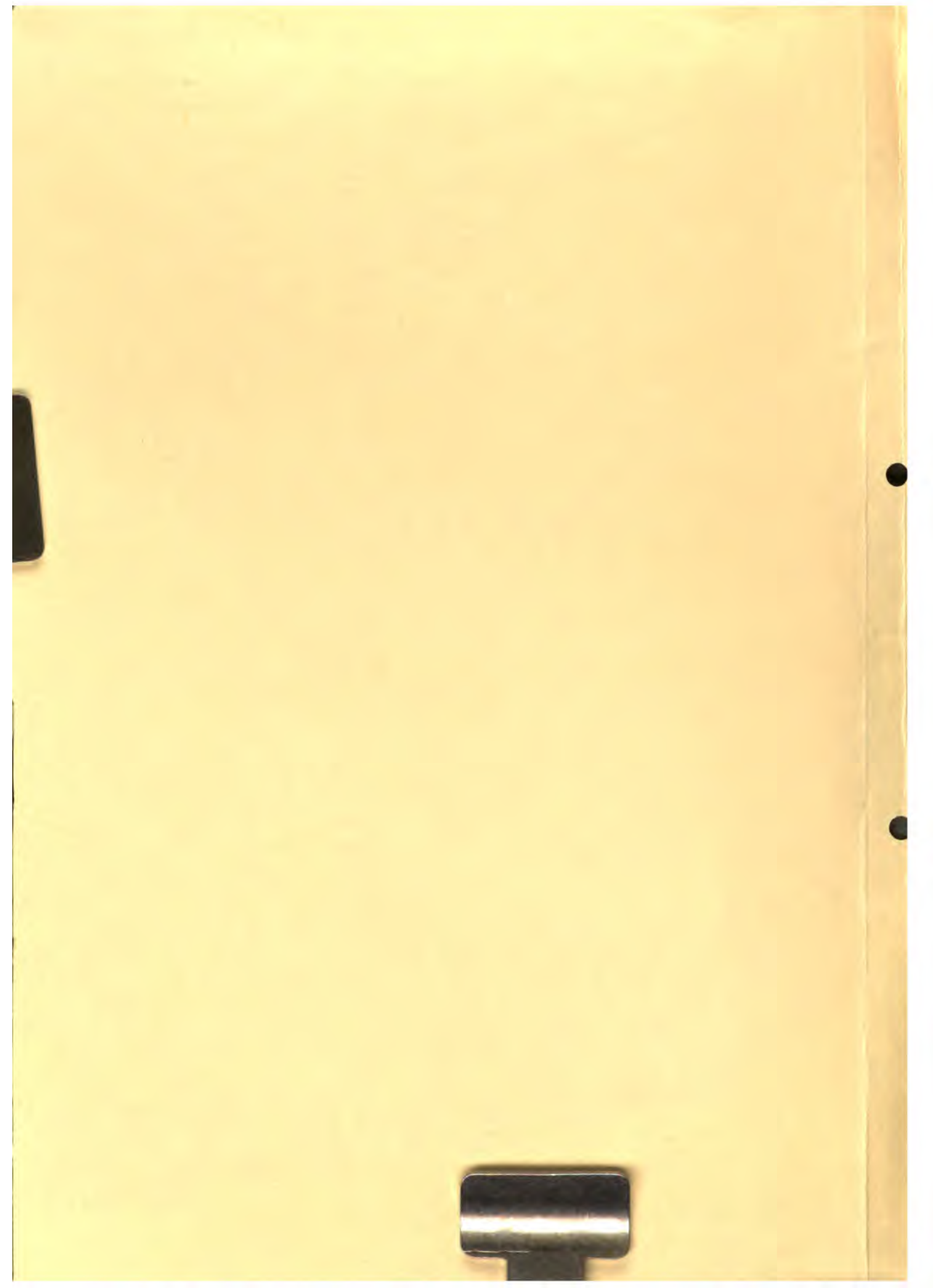


IICA
C10
54

IICA
BIBLIOTECA VENEZUELA
* 2 - MAYO 2002 *
RECIBIDO





Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura

BIBLIOTECA
2 - MAYO 2002
RECIBIDO

Transformando la América Latina y el Caribe hacia progresos concretos e indispensables

Dr. Jaime A. Viñas-Román
Director
Area Estratégica de Educación y Capacitación



1999

1167
C
11

00002989

011111

a
c
e

PRIMERA PARTE

Identificación del Problema

Educación, Enseñanza, Capacitación, Ciencias, Tecnología y Humanidades: Condiciones que deben ser modificadas

En muchas ocasiones más de una persona se habrá preguntado ¿Por qué la prioridad a la educación y al conocimiento? La respuesta, según nuestra opinión, la debemos encontrar en una efectiva integración y cohesión social que permita el aprovechamiento de todas las capacidades del hombre en función de una paz social, un amplio desarrollo humano, científico y tecnológico; así como salud, alimentación y seguridad y bienestar ciudadanos, para que la sociedad pueda incorporarse y difundirse con éxito en la economía tanto regional como mundial. El progreso técnico y los cambios humanísticos constituyen ejes centrales en torno a los cuales se articulan todos lo demás.

Tal como lo entiende la CEPAL, la competitividad auténtica apunta en primer lugar la idea de generar y expandir las capacidades endógenas necesarias para alcanzar y sostener el crecimiento socioeconómico y el desarrollo nacional dentro del cuadro de globalización e internacionalización que los organismos internacionales nos señalan.

La meta primordial es producir un nivel y una calidad de vida creciente para los ciudadanos. Ahí es donde radica la diferencia entre competitividad “auténtica” y competitividad “espuria”, esta última se afianza en el atraso humanístico, en la caída de las remuneraciones y en la depredación de los recursos naturales.

Si aceptamos como válida la propuesta delineada en los párrafos anteriores, el conocimiento, y la formación de recursos humanos —con su correspondiente dosis de humanismo— pasan a ser elementos fundamentales en los esfuerzos de desarrollo que debemos ejecutar en la década que antecede

al nuevo milenio. Esta reflexión debe ser tomada en cuenta si queremos tener una mejor América Latina y el Caribe.

La posición central de la educación y la producción del conocimiento, tiene una dimensión universal, reconocida tanto en los países desarrollados tradicionales reconocidos como en los países exitosos de industrialización tardía. Esta misma dimensión, respecto a la educación y la producción del conocimiento, está también, reconocida tanto en los países grandes como en los pequeños.

De ahí surge la importancia adquirida por el reclamo nacional que muestra un inconforme clamor concerniente con el creciente deterioro y vasta inadecuación de los sistemas de educación y producción de conocimientos ante las aceleradas transformaciones científicas y tecnológicas y sus efectos en la economía y en la vida diaria de todos los latinoamericanos y caribeños.

No hay duda alguna si afirmamos que en las últimas tres décadas nuestros países han llevado a cabo un proceso de expansión del sistema educativo, si bien con diferencias notables entre las distintas naciones y las distintas áreas y niveles de la educación. Este esfuerzo se ha producido con mayor crecimiento e incidencias en la educación superior en sus aspectos cuantitativos.

Tal expansión representó un cauce fundamental de movilidad social durante el lapso de tiempo señalado. Incluso en el marco recesivo de los años ochenta y pese al estancamiento del gasto público en educación, el desarrollo educacional no involucionó en su cobertura (aunque siempre fue deficitario) gracias a los sacrificios de la gente y al mantenimiento de tenencias inerciales. En estos esfuerzos cabe señalar el papel importante jugado por la proliferación de instituciones del sector privado, las cuales contribuyen a paliar el déficit cuantitativo y cualitativo del sector público.



Cabe señalar, sin embargo, que el esfuerzo educativo de nuestros países poco tuvo que ver con el desarrollo económico; creció al margen de éste, sin una relación de interacción entre ambos, sin llegar alcanzar la meta deseable.

Al desarrollarse como fruto de variadas presiones en el ámbito sociopolítico, lo hizo de manera sentida en los niveles más altos que en los bajos, dejando los contenidos científicos y técnicos y humanísticos en situación deficitaria.

Hoy en día hemos llegado a ser testigos de una caída tremenda en la calidad de la educación en todos sus órdenes. La tasa de repitencia y deserción se encuentra entre las más altas del mundo, y se concentra en los primeros grados; más de la mitad de los niños abandonan la escuela antes de finalizar la educación primaria. Las heterogeneidades y desigualdades tienden a hacerse más profundas y, asimismo, los desequilibrios entre habitantes de zonas urbanas y rurales. Todo ello hace que el sistema educacional latinoamericano y caribeño sea hoy más segmentador que integrador; que se aleje cada vez más de las necesidades productivas de los países, y que se vuelva cada vez más inadecuado frente a las demandas del mercado de trabajo y las necesidades humanísticas de la sociedad.

En lo que se refiere a la investigación y al desarrollo científico-tecnológico, los niveles actuales resultan claramente insuficientes y heterogéneos. El divorcio entre investigación académica y actividad productivas es más que acentuada y la escasa investigación que se realiza en muy contadas áreas, no siempre resultan portadoras de futuro para la sociedad y el país.

La capacitación y la educación de adultos se realizan sin una adecuada sintonía con las perspectivas ocupacionales y no con la cantidad y calidad que los problemas y demandas requieren. En la mayoría de los casos los institutos de capacitación que acompañaron los inicios de nuestra industrialización han perdido pertinencia frente a las transformaciones productivas en curso, pero sobre todo frente a las renovaciones sociales.



Con escasas excepciones, muy honrosas y sobresalientes, los problemas de capacitación y entrenamientos de jóvenes y adultos dentro de las modalidades formales y populares, se han vuelto poco flexibles y en la mayoría de los casos están obsoletos, burocratizados y hasta politizados en muchos aspectos. La capacitación en las empresas se cuenta aún en niveles embrionarios y no alcanza a romper el cascarón. En este renglón ha faltado más decisión y apoyo financiero por parte de las industrias y empresas diversas de servicios.

La administración del conjunto del sistema educativo primario, medio, superior, técnico, profesional, etc., se ha caracterizado, hasta hoy en general por un tipo de gestión extremadamente burocratizada con matices de centralización en unos casos y de *laissez faire* en otros. En términos generales, podemos afirmar que ha marchado rutinariamente, por inercia, sin ser evaluada con la rigurosidad que tan importante renglón merece y sin tener responsabilidad por los resultados, careciendo de capacidad manifiesta de respuesta frente a los múltiples y continuados requerimientos de la sociedad, tanto en el plano de la productividad como en el de la equidad.

Si se proyectan las tendencias actuales hacia el futuro y no se producen los cambios necesarios que están siendo reconocidos en la actualidad a través de los planes actualmente bajo desarrollo de la Educación, para el siglo XXI los países de América Latina y el Caribe contarían con más analfabetos; 40-50% de los jóvenes no habrán completado la enseñanza primaria; el trabajador promedio, sin escolaridad primaria completa, podrá esperar, como máximo, un mes de capacitación en su vida laboral y la industria por su parte, no podrá contar para el desarrollo de nuevos procesos productivos con la cantidad mínima de profesionales y técnicos dedicados a la investigación experimental.

SEGUNDA PARTE

Necesidad de una Nueva Enseñanza Creatividad, Estrategias, Prioridades y Difusión como Ejes de la Transformación

Es clara entonces la necesidad de cambiar las actuales tendencias. No se trata ni de hacer lo mismo que se ha hecho, ni de hacer más de lo mismo, aunque sea con más recursos. Se requiere una profunda reforma en las orientaciones, una nueva aproximación que conjugue los conocimientos con la productividad y transformaciones institucionales, incluyendo las propias instituciones ejecutiva y legislativa.

Es necesario, en consecuencia, replantearse el papel del Estado y del sector privado frente a esta tarea en primer lugar para que sean capaces de orientar y regular de manera sistemática e integradora el sistema educativo, la capacitación y la investigación científico-tecnológica, y de vincular a todos con la sociedad y el sistema productivo.

En segundo lugar, el Estado debe tener una visión estratégica que le permita orientar, regular a distancia, generar políticas, impulsar autonomías con la participación privada de aquellos ciudadanos e instituciones interesadas en aportar su contribución y esfuerzos; así como evaluar los resultados sin ahogar la innovación y estrangular la participación no estatal a través de un dirigismo centralizador excesivo. En este sentido se debe tratar de integrar ambos sectores (estatal y no estatal) en los esfuerzos no solo formadores sino también dirigenciales (administrativo, evaluativo, decisorio, etc.).

En tercer lugar, los dos sectores —gobierno y sociedad— deben desempeñar un papel compartido como factor de compensación, en términos de equidad, en relación con las heterogeneidades y diferencias sociales que la mayor autonomía pueda acentuar, y ser un gran movilizador de diversas fuentes de financiamiento, entre ellas un número creciente de recursos

privados. Esta tarea requiere también, por su envergadura, trascendencia y por sus plazos, un consenso educativo que abarque a los diversos sectores públicos, económicos y sociales y genere acuerdos básicos en torno a lo que se debe hacer.

Indudablemente se necesita elaborar una propuesta estratégica articulada en torno a los objetivos de la ciudadanía, que se refiere a la equidad, la justicia y responsabilidad social, la transmisión de valores y la formación democrática y de competitividad, que apunta a la adquisición de los conocimientos, habilidades y destrezas necesarias para desempeñarse productiva y humanísticamente en el mundo moderno.

Como criterios inspiradores de las políticas y acciones que de ellas se derivarán, se consideran la equidad, que se refiere a la igualdad de oportunidades y la compensación de las diferencias y déficits y el desempeño, reflejado en la evaluación de los rendimientos y el incentivo a la innovación y a la creatividad.

Para poner en práctica la estrategia que hemos señalado, sugerimos un conjunto de políticas cuyas modalidades de aplicación y jerarquización no es posible reseñar en términos generales. Ellas necesariamente deberían responder a especificidades y prioridades nacionales que pueden variar según su aplicación en las diferentes regiones de América Latina y el Caribe, aunque se debería mantener un núcleo central válido para ejecutarse por igual en todas las zonas.

Tal como hemos señalado anteriormente, en las regiones anteriores se presentan fuertes heterogeneidades tanto en lo que se refiere a los niveles de desarrollo productivo como en la relación el perfil educativo. Actualmente podemos afirmar que nuestros países muestran un bajo desarrollo productivo y un bajo perfil educativo. Pero también debemos señalar que en el terreno de la educación, el conocimiento y la riqueza en valores humanos, tenemos un casillero vacío que podría llenarse si pudiéramos conjugar un perfil educacional alto y un desarrollo productivo considerable. Así tenemos como meta importante de alcanzar, la promoción de las relaciones entre los mecanismos



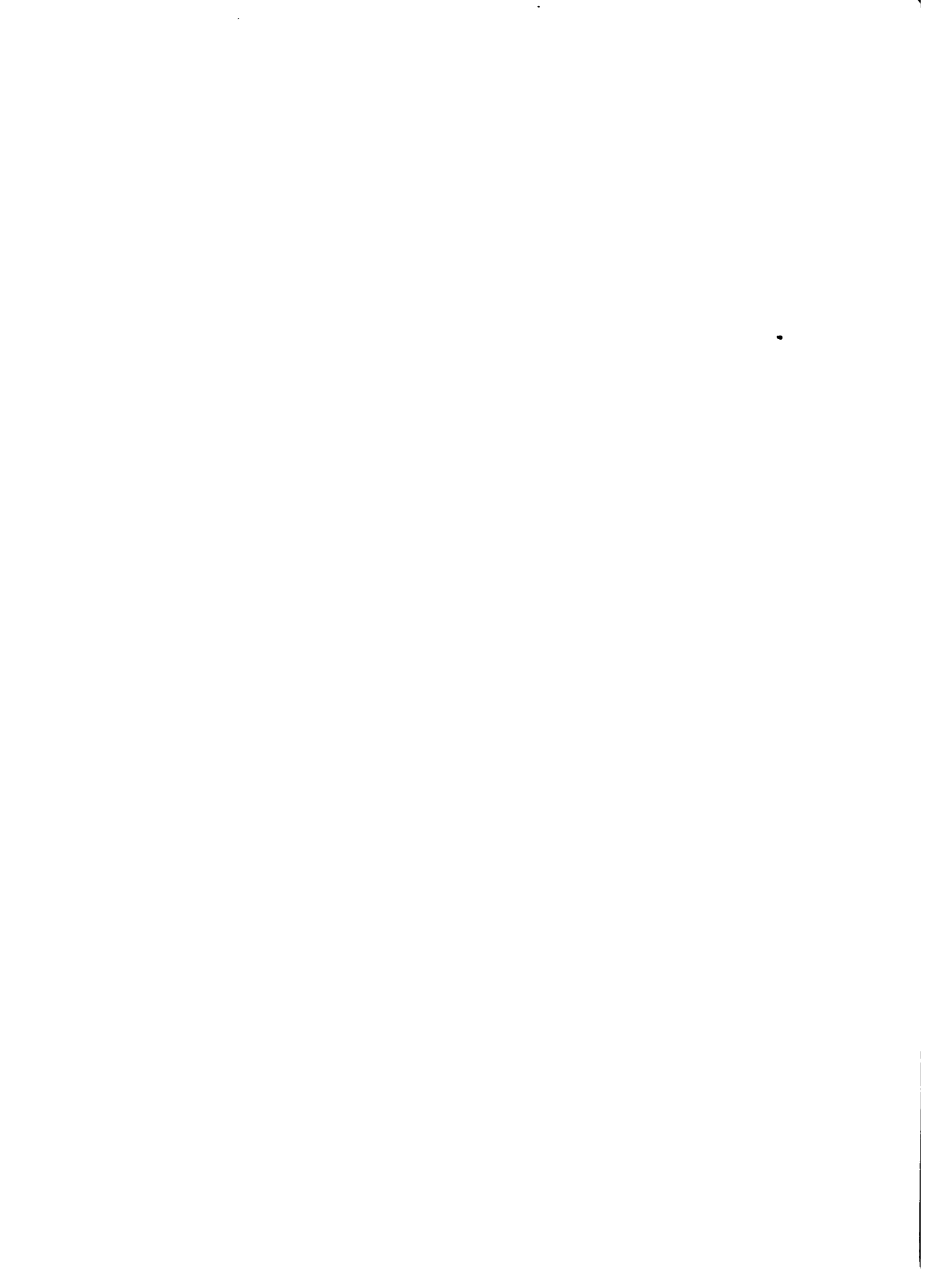
educacionales, de capacitación y de investigación científico y tecnológico entre sí, como también las de los tres con el sistema productivo.

El primer ámbito de estas políticas se refiere a la generación de una institucionalidad del conocimiento abierta a los requerimientos de la sociedad, que supere el aislamiento del sistema de educación, capacitación, adquisición del conocimiento científico-tecnológico y los funda con el humanismo integrador.

Conjuntamente con todo lo anterior, debemos tener en cuenta dos ámbitos adicionales, los cuales se refieren a los resultados buscados mediante la coordinación y el consenso. Uno es el de asegurar el acceso universal a los terrenos de la modernidad, vale decir al conjunto de conocimientos y destrezas necesarios para participar en la vida pública (sociopolítica) y desenvolverse productivamente en la sociedad moderna. Aquí conviene señalar la prioridad que tiene para nuestros países la universalidad de una escolaridad básica de buena calidad, piedra angular de cualquier Plan que pudiera ejecutarse, en la cual se reduzcan drásticamente la deserción, la repitencia y otros fenómenos que impiden a los niños y adolescentes la adquisición de tales conocimientos y destrezas.

Al mismo tiempo se debería asegurar que el conjunto de la población adulta, hombres y mujeres, manejen un nivel mínimo de esos conocimientos y esas destrezas a través de programas de educación y capacitación de adultos.

El otro ámbito se refiere al impulso de la creatividad en el acceso, la difusión y la innovación en materia científico-tecnológica y humanística. Se trata en este terreno de generar fuertes vínculos entre la actividad humana, social y científica y de investigación con la actividad productiva; con miras a desarrollar el mejoramiento de las tecnologías para mantenerse al día con los avances más recientes, y de formar los recursos humanos capaces de llevar a cabo lo anterior y prohijar el mejor de los entendimientos entre todos los habitantes de esta parte del mundo.



Los siguientes cuatro ámbitos son instrumentales a los ámbitos anteriores, y se refieren a políticas dirigidas a la responsabilización en la gestión educacional, que permitan medir el desempeño, asignar recursos con eficiencia y evaluar resultados.

Hay que pensar en políticas y programas dirigidos a profesionalización y protagonismo de los educadores, que pasen por una elevación de sus responsabilidades, incentivos, formación permanente y evaluación del mérito; en políticas de compromiso financiero de la sociedad con la educación, la capacitación y el esfuerzo científico-tecnológico, que incluyan financiamiento de diversas fuentes para la formación de los recursos humanos y el desarrollo integral de la sociedad.

Finalmente, en políticas dirigidas a la utilización más eficaz de la capacidad instalada en las universidades y centros tecnológicos, así como la articulación del sistema educativo y la producción de conocimientos con el sistema productivo, y que en general ayuden a la puesta en práctica de las otras políticas aquí presentadas.

La educación es, puede ser, la gran hazaña hemisférica. Es empresa con alma, lucha moral y humana. Tiene una altura, un valor sustantivo que ninguna otra posee.

En realidad, infunde espíritu a todas las demás. Los procesos demográficos, el desarrollo económico, el auge de la comunicación, los milagros tecnológicos carecen, por sí solos, de signo y valor moral. Por ende, son progresos insuficientes, relativos. Se resumen en cantidades, se pliegan a los números. Deslumbran, pero no guían ni apaciguan. Hacer esto último, conducir, sembrar la paz y la armonía, compete a la educación. Por eso educar es la primera y más noble de las tareas políticas, el compromiso primordial. Así principia la liberación y la igualdad del hombre. Así comienza también el acceso a la justicia. No hay tarea que releve a la educación ni prioridad que la postergue en los afanes nacionales de transformar a la América Latina y el Caribe.

